

durante los años de su provechoso ministerio. No ha podido ocurrírsele idea más feliz ni más útil, tanto para los fieles, como para el clero de estas regiones.

Los que hemos tenido la fortuna de pasar agradabilísimas horas embelesados con los torrentes de elocuencia que brotaban de sus labios, podemos juzgar mejor que nadie de la importancia del servicio que prestará á las almas rectas y deseosas de conocer la verdad la publicación que tiene V. R. proyectada, y que espero se convertirá presto en hermosa realidad. Allí encontrarán los eruditos pasto abundante para alimentar su espíritu, ávido de sólida y legítima ciencia; los dialécticos hallarán perentorios argumentos que les disipen toda duda en materia de fe; los metafísicos encontrarán la anhelada solución de cuestiones largamente discutidas, pero nunca bien definidas; y los piadosos hallarán conmovedores trozos de mística que los abrasen en amor divino y los llenen de fervor. Así se multiplicará el fruto de su fecunda predicación, pues oirán la inspirada palabra de V. R. también los que viven á muchas leguas de distancia del lugar donde V. R. enseña y evangeliza.

Tengo la firme convicción de que sus sermones harán inmenso bien á todo lector desapasionado y amante de la luz.

Y el clero ¡cuántas ventajas reportará de su obra! En ella aprenderá á conciliar la claridad del lenguaje con la elevación de las ideas, á hermanar la argumentación filosófica con las pruebas históricas, á amenizar la explicación ardua y abstrusa de los dogmas con la aplicación adecuada y oportuna de interesantes ejemplos, y, lo que más importa, á ilustrar la verdad católica con la profunda sabiduría de la Escritura Sagrada y de los Padres de la Iglesia. En suma, el clero estudioso aprenderá el difícil arte de la oratoria y se acostumbrará á esgrimir con eficacia la poderosa arma de la palabra.

No demore V. R. la realización de su feliz pensamiento, y cuénteme entre los primeros que adquirirán su interesante obra.

Dios guarde á V. R. largos años para el bien de las almas y el honor de la Compañía á que pertenece. Ruegue por su

Afectísimo en Jesucristo

(Firmado) † PEDRO ADÁN, Obispo.

Cartagena, octubre 12 de 1898.

AL LECTOR.

PUBLICA en este libro el R. P. Nicolás Cáceres, distinguido religioso de la Compañía de Jesús, hijo de la República de Guatemala y felizmente residente en Colombia, algunos de los sermones que ha predicado en su fecunda y ya larga carrera de orador sagrado.

El P. Cáceres se ha conquistado en nuestro país, amén de la reputación merecida de sacerdote ejemplar, docto catedrático, escritor elegante y cumplidísimo amigo, la de maestro en el arte de la elocuencia sagrada. Y, sin que el amor patrio nos ciegue, no es honor mezquino llegar á la primera línea en una tierra donde se han oído los varoniles sermones del Señor Canónigo Guerra; la peroración altísima del Doctor Saavedra; la perfecta declamación del Doctor Aguilar; la palabra llena de hechizos del Señor Arzobispo Paúl y, sobre todo, las homilías y sermones del santo y docto Arzobispo Mosquera, en quien revivieron en ocasiones la sabiduría, el celo y aun la serena levantadísima elocución de los antiguos Padres de la Iglesia. Ni faltan entre los sacerdotes colombianos quienes hayan seguido las huellas de los maestros precitados, y hay entre los que hoy viven, quien iguale, si no aventaja, á sus ilustres predecesores.

Si esta fuera colección de artículos literarios, bastaría que dijésemos al entendido lector: juzga por ti mismo del mérito del artista; mejor que nuestras palabras lo recomiendan

sus escritos. Mas éste es un florilegio de piezas oratorias, y aparecen aquí frías, desnudas de la voz, de la acción, del gesto, del calor que mientras vivieron las hicieron obras maestras de elocuencia. Son estos sermones como retratos fieles de grandes personajes ya muertos, bustos de Cicerón, grabados que representan á O'Connell ó á Bossuet, más propios para avivar la curiosidad que para satisfacerla.

La obra literaria, como el hombre que la crea, consta de cuerpo y alma. El primero, la parte material, la que le es común con la prosa más seca, son los pensamientos. La segunda, el principio activo, viviente, que le comunica al escrito su carácter de poético, es la forma; la encargada de colorear la austera verdad del entendimiento con los reflejos irisados de la fantasía, de elegir el vocablo que, no sólo retrate la idea, sino que la retrate embelleciéndola, de hallar la *callida iunctura* de unas palabras con otras, de combinarlas de modo que suenen como música al oído.

La oratoria necesita otra energía, una alma de aquella alma. Haciéndonos, por un instante no más, discípulos de Escoto, diremos que, á la forma literaria común á los demás géneros del arte, debe unir la elocuencia *entelechia* nueva que le da la declamación, la primera, y la segunda, y la tercera — según Marco Tulio — de las dotes del perfecto orador.

«El orador y el auditorio», dice Lacordaire, «son dos hermanos que nacen y mueren en un mismo día.» Añade en seguida con tristeza: «He aquí la suerte del orador. Después de arrebatarse las multitudes, baja con ellas en un mismo silencio. En vano la posteridad se esfuerza por oírlo, y por oír al pueblo que le aplaude; entrambas voces se van desvaneciendo en el tiempo, como se desvanecen los sonidos en el espacio.»

Si esto se dice de la oratoria en general, ¿qué no se dirá de la sagrada? Allí hay más que perder con la dis-

tancia; el tono de autoridad de quien sabe que no habla en su nombre sino en nombre de Dios; la eficacia que comunica á la palabra sacerdotal la gracia de lo alto; la vibración del celo y de la caridad en el acento y el ademán; y las bóvedas altísimas del templo, y el altar dorado que brilla con el reflejo de los cirios, y los sonidos del órgano, voz de la Iglesia, que se apagan para dejar oír la voz del Señor mismo.

Por eso el lector que conocerá en este libro la materia y la forma literaria de los sermones del P. Cáceres, nos agradecerá que le demos una idea del alma ausente de esas oraciones. Así los niños oyen de boca de los ancianos narrar cómo era el gesto, el andar, el traje, las costumbres íntimas de los personajes de otro tiempo.

El consumado orador sagrado ha de ser teólogo consumado, y filósofo de cepa. No se puede infundir forma, soplo de vida pujante, á una materia raquífica y mezquina. No se esculpe el *Moisés* si no hay un trozo enorme de mármol blanquecino, ni se pinta el *Juicio Universal* sino en el amplio muro de la Capilla Sixtina. El P. Cáceres es teólogo y filósofo y tiene fuerza y agilidad didácticas, y la inapreciable ventaja de saber y profesar la filosofía entera, la de las edades antiguas, la que averigua de veras las causas últimas, la que recomienda León XIII, la de Santo Tomás y Suárez.

Pero la teología no es oratoria, y la filosofía no es elocuencia; la verdad ha de ir, para ser artística, envuelta en ropaje de severa hermosura. El P. Cáceres sabe vestir los austeros dogmas cristianos. En ocasiones, el adorno no alcanza á cubrir enteramente la aridez del pensamiento filosófico. Este defecto, si lo fuera, es defecto de artista. Los pintores suelen de intento fingir desgarrado el regio manto del guerrero para dejar entrever la recia contextura y los soberbios músculos del brazo potente.

Juzgará el lector por sí mismo de la correcta y limpia frase del P. Cáceres; verá transparentarse en este libro la piedad y el celo del religioso, y barruntará su humildad por el hecho de publicar estos sermones. No hay sacrificio para la vanagloria como entregar á la estampa obras que han dado fama, quitándoles lo que forma su principal mérito: la declamación en las obras de elocuencia.

El autor de estos sermones tendrá cincuenta años de edad; la época de la vida en que ya se ha desvanecido en el alma toda ilusión terrena; la que precede á la madurez perfecta de la ancianidad, sin haber perdido aún las energías de la juventud. Es de alta estatura, delgado de complexión, derecho de cuerpo, pero con aquella inclinación de cabeza que tienen al andar las personas que llevan graves deberes sobre sí. Su rostro es ascético, serio, pero se hace muy afable al hablar. Ya las canas empiezan á platearle la cabeza. Modesto en el vestir, pero muy pulcro, y con aquella distinción en los modales que no se obtiene sino con irreprochable educación primera.

La voz del P. Cáceres es dulce y sonora, con un ligerísimo acento nasal. Pronuncia con grande corrección, y sabe mudar el tono de la voz sin aquellas transiciones bruscas de soprano á bajo profundo, y viceversa, de que aún no hemos aprendido á gustar los bogotanos.

Dice con facilidad, y nunca lo hemos sorprendido vacilando para encontrar el vocablo y la frase; pero no es la afluencia de palabras de quien sabe el sermón de memoria, ó de aquéllos en quienes corren á la par el pensamiento y el verbo: al P. Cáceres le sobran pensamientos, y hay ocasiones en que hemos adivinado el sacrificio que hace al elegir una idea, dejando otra igualmente buena y apropiada.

Su acción oratoria sigue de preferencia al pensamiento interior, más bien que á la palabra; y como es de tempera-

mento nervioso — el mejor para un orador, siempre que se gobierne bien — tiene, como todo predicador notable, movimientos y ademanes que le son característicos.

En suma, es el R. P. Cáceres un timbre de honor para su patria y para la Compañía de Jesús, y su presencia en Colombia una fortuna. Quiera Dios que estos sermones tan fructuosos cuando se predicaron, continúen siéndolo para quien los leyere. Es lo único á que aspira su modesto y humilde autor, que, como buen hijo de San Ignacio, tiene por lema: *Ad maiorem Dei gloriam*; y, como sacerdote pide todos los días con el Profeta: *No á nosotros, Señor, no á nosotros des la gloria, sino solamente á tu santo nombre.*

RAFAEL M. CARRASQUILLA,
Presbítero.

Bogotá, 1899.

À MANERA DE PRÓLOGO.

AL publicar esta serie de sermones me creo en el deber de decir una palabra, no ya por rutina, sino para dar algún descargo á los que me notaren de temeridad ó sinrazón. Porque, si bien habrá muchas personas bondadosas é indulgentes, máxime entre las que me favorecen con su aprecio, á quienes no parezca mal mi propósito, no faltarán otras, y acaso no pocas, que mirando el libro de reojo se pregunten: «¿Para qué publicar más sermones? ¿no están atestados de sermonarios las bibliotecas? Y todavía, si trajeran algo nuevo... Pero...»

¿No tengo, pues, razón suficiente para acusarme á mí mismo de atrevido y temerario, al poner esta pobre y desaliñada producción en manos de un público tan exquisito como el de nuestros días?

Por desgracia el caso ha llegado á términos que me colocan en una penosa disyuntiva. Los *cuasi compromisos* contraídos con los dignísimos prelados con quienes consulté mi proyecto, y de quienes recibí, sin excepción, no sólo favorable acogida, sino conceptos y expresiones sobremana benévolas, abrumadoras algunas, no me permiten hoy volver atrás sin mengua del decoro y hasta de la formalidad. Otro tanto me acontece con la respetable Casa Editorial del Señor B. HERDER, cuya generosa respuesta á mi primera proposición dejó altamente comprometida mi gratitud. ¿Qué hacer pues? ¿pasar por temerario, ó por desobligado?

Todo bien reflexionado, y añadida la aprobación de la obra por mis superiores religiosos (cosa para mí de gravísimo peso), he resuelto dar de mano á toda vacilación y arrostrar toda clase de dificultades, sobreponiéndome á temores no infundados. Sale, pues, la obra emprendida seriamente hace cuatro años, y va, no en busca de humano aplauso, sino de la gloria de Dios y el provecho de las almas. Sea lo que fuere del éxito que alcanzare, la intención á lo menos no quedará sin recompensa. Por lo demás, si he de decir algo para sincerarme de la nota de atrevido, alegando, no el valor, sino la utilidad de la publicación, séame permitido advertir al que leyere que, por muchos y muy buenos que sean los sermonarios hasta aquí publicados, como muchos son también los libros de texto y de consulta que cada día ven la luz pública en toda materia, no está por demás una obra predicable que llega en su hora oportuna á llenar una necesidad sentida y reconocida por los del oficio en determinadas circunstancias. Y tal podría juzgarse la presente, aun á pesar de sus defectos.

Así parece lo han juzgado personajes tan respetables como el Ilustrísimo Señor Don Esteban Rojas, Obispo del Tolima en Colombia, quien en carta de noviembre de 1898 escrita al autor, le dice lo siguiente:

«Magnífica y oportunísima es la idea de V. R. de publicar un curso ó serie de sermones adaptados á nuestra América Latina: *obra cuya necesidad se hace sentir demasiado* y que, sin duda, y por la misma razón, con la bendición divina va á producir grandes frutos en todas estas Repúblicas, principalmente en la nuestra. Reciba V. R., etc.»

De igual sentir son los Ilustrísimos Señores Arzobispo de Guatemala y Obispos de Comayagua, San Salvador y Costa Rica, de quienes extractaremos algunos honrosos conceptos.

El Excelentísimo Señor Doctor Don Ricardo Casanova y Estrada, Arzobispo de Guatemala, escribe en estos términos: «Me complace mucho saber que piensa V. R. dar á luz una colección de sermones, dedicándola al clero de Centro-América y al de Colombia. Por la parte que nos toca en esta provincia eclesiástica, apruebo con gratitud la dedicatoria de *una obra que me persuado habrá de ser de notable provecho á las almas, etc.*» El Ilustrísimo Señor Doctor Don Manuel Francisco Vélez, Obispo de Comayagua, dice al autor: «Y ¿cómo no había yo de desear, con la mayor vehemencia de mi alma, que se publicara la colección de sus sermones, cuando *esta obra*, no sólo contribuiría á las glorias literarias de nuestra querida Patria (Centro-América), sino que *sería de grande provecho y utilidad á nuestro clero centroamericano?* Bien sabe V. R. que carecemos de una obra de este género... y que, publicándose una que corresponda á nuestras peculiares circunstancias y á nuestras locales necesidades, ella sería de máxima ventaja para nuestro clero.» El Ilustrísimo Señor Doctor Don Antonio Adolfo Pérez, Obispo de San Salvador, se expresa así: «Muy grata me es la noticia de la edición que S. R. tiene entre manos: *ella sería muy útil para instrucción y práctica de nuestro clero en la Cátedra sagrada*, y aprovechará no menos al pueblo para corrección y mejora de sus costumbres. Por lo que no puedo dejar de enviarle mi aprobación más completa, invitándole á que no prescinda de llevarla á cabo, y procure vencer las muchas dificultades que para ello deberán presentársele, como sucede ordinariamente con toda obra que tiene por fin la gloria de Dios.» Finalmente el Ilustrísimo Señor Doctor Don Bernardo Augusto Thiel, Obispo de Costa Rica, en términos no menos expresivos decía: «Aprovecho esta ocasión para felicitar á V. R. por tan feliz idea de publicar sus sermones, los que serán leídos con gusto, no sólo por

los sacerdotes, sino también por los seglares, y *que seguramente harán un bien inmenso.*» Con expresiones semejantes han apoyado el propósito de la presente publicación los Ilustrísimos Señores Doctores Don Ignacio Antonio Parra, Obispo de Nueva Pamplona, Don José Benigno Perilla, Obispo de Tunja, Don Rafael Zeledón, Obispo de Santa Marta, Don Fray Nicolás Casas, Vicario Apostólico de Casanare, y otros cuya aprobación nos es altamente satisfactoria. Y algunos, como los Prelados de Honduras, Santa Marta y otros, no contentos con prestar su apoyo moral, han ofrecido espontáneamente tomar considerable número de ejemplares para distribuirlos entre el clero de sus respectivas diócesis. Sin duda alguna los documentos aducidos (y otros que se verán adelante) nada prueban en favor del mérito intrínseco de la obra, siendo como son efecto de la excesiva benevolencia de tan ilustres personajes para con el autor; demuestran, sin embargo, que su publicación en las presentes circunstancias no es importuna ni debe reputarse inútil. ¡Ojalá que el resultado correspondiese, en parte al menos, á la idea preformada de la obra por los dignísimos prelados! De esto no me atrevo á responder, pero sí de la utilidad que ella podría producir entre nosotros.

Tenemos, en efecto, muchísimos volúmenes de sermones, originales algunos de autores españoles, traducidos la mayor parte de otras lenguas, especialmente del francés, porque es indiscutible la superioridad de la cátedra francesa, no sólo en el siglo de Luis XIV, sino aún en nuestros días.

Á pesar de toda esa riqueza, yo pregunto: ¿Nada nos queda que desear en materia de predicación? Díganlo cuantos tienen las manos en la masa. ¿Cuántas veces andan buscando y rebuscando algo que desean y necesitan para subir al púlpito, y no lo encuentran fácilmente? Y no porque no hallen en los libros que hojean, tesoros de doctrina y obras

maestras de elocuencia sagrada, sino porque no son esas obras las que les convienen en determinadas circunstancias, para tal lugar, fiesta ó clase de auditorio. Esas obras clásicas claro es que no deben faltar en ninguna mediana biblioteca de predicador ó literato, porque éstos son los eternos modelos en su género, sin cuyo estudio no se formará jamás ningún orador sagrado de algún mérito. Pero tampoco bastan esas obras al predicador de nuestros días y de nuestros países americanos, entre otras razones, por la diversidad de tiempos y lugares. ¿Podremos predicar hoy como antes de la revolución francesa, como en la época de nuestros cándidos abuelos? ¿espetaremos á nuestro ignorante pueblo una conferencia de Nuestra Señora de París? ¿tendrán en América las vehementes peroraciones de Segneri el mismo efecto que en Italia?

Conviniendo en la exactitud de estas observaciones, se objetará tal vez que poseemos ya numerosas bibliotecas de predicadores modernos franceses, españoles, etc. perfectamente adecuadas á las necesidades de la época y siglo en que vivimos: y en tal concepto no hay que pensar en nuevas publicaciones de índole tan apocada como la nuestra. Sea todo así verdad, y nosotros los primeros reconocemos el mérito no escaso de algunas de esas obras que corren en nuestros países, y sacan de serios apuros á muchos predicadores faltos de tiempo para componer obras propias. No creemos, sin embargo, que todo esté ya hecho ni mucho menos, en esta materia; y muchos pensarán como nosotros que queda mucho por hacer, no sin provecho de las almas y comodidad de los señores sacerdotes que se dedican á la ardua tarea de la predicación. Con este objeto hemos trabajado á la medida de nuestras fuerzas; y sin pretensiones de grandes aciertos, á pesar de larga experiencia en el sagrado ministerio del púlpito, nos damos por satisfechos con haber

puesto en tan importante labor nuestro pobre contingente. El título de la obra que hemos querido llamar *El Pulpito Americano*, revela nuestras leales y moderadas aspiraciones.

Nacido en suelo americano, natural es que propenda á cuanto puede contribuir al desarrollo de nuestra naciente literatura, pobrísima todavía en este género; y creo laudable todo esfuerzo que se haga en este sentido por los hijos de América, eclesiásticos y laicos. La amplitud misma del título (que corresponde á una obra de muchos volúmenes) denota el ardiente deseo, ya que no el propósito (que no está en mis manos realizar), de que esta humilde publicación abra la puerta á otras muchas más valiosas, fruto de los fecundos ingenios de toda la América Latina, las cuales reunidas en voluminosa colección den lustre á nuestro caro suelo, y presten útiles servicios á las iglesias de nuestro continente que anuncian la palabra de Dios en idioma castellano. Todas ellas, con poquísimas diferencias, se hallan en las mismas condiciones y sienten las mismas necesidades. ¡Ojalá nuestro deseo se viese realizado no muy tarde! El pensamiento parece muy de acuerdo con las altas miras del Concilio Plenario Latino-Americano convocado en Roma en el año pasado por la sabiduría del inmortal Pontífice León XIII. Y su ejecución sería, á no dudarlo, un magnífico homenaje de nuestra parte á la gloria de Jesucristo nuestro Redentor, para coronar el siglo de la independencia de América y cimentar el que guarda, según esperamos, grandes elementos de prosperidad social y religiosa para nuestra querida patria.

A. M. D. G.

NB. Creemos un deber de gratitud publicar íntegras las cartas de recomendación de algunos Ilmos. Prelados, por más que nos confunda lo inmerecido de sus elogios que atribuimos á excesiva benevolencia personal.

ÍNDICE.

	Pág.
El Autor	VII
Á manera de prólogo	XVI

SERMONES DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

1. La Eucaristía, mundo sobrenatural por excelencia	3
2. Jesucristo, fuente de vida sobrenatural en la Eucaristía	19
3. La Eucaristía, Sol del mundo sobrenatural	36
4. El hombre, tabernáculo de Dios por la sagrada Eucaristía	55
5. El porqué de las especies sacramentales	72
6. Efectos de la sagrada Eucaristía: conocimiento y amor de Dios	88
7. Efectos del Pan eucarístico: fortaleza y suavidad	103
8. La adoración reparadora del SS. Sacramento	119
9. La sagrada Eucaristía y la unidad de la Iglesia	133
10. La sagrada Eucaristía, medicina y antídoto de la sensualidad	148
11. La transformación moral del hombre por el modelo de la Eucaristía	163
12. La Paz, fruto de la sagrada Eucaristía, asegurada por el culto público del SS. Sacramento	177
13. La Fe y la Eucaristía	192
14. La Esperanza y la Eucaristía	206
15. La Caridad, columna de la Eucaristía	220
16. La Eucaristía y la Encarnación: sus armonías	235
17. La Eucaristía y la Encarnación: sus frutos	252
18. La luz en las tinieblas	267
19. La Eucaristía, antídoto del pecado	282
20. La Eucaristía, ideal de santidad	297
21. La Eucaristía y la libertad	311
22. La Eucaristía y la igualdad	326
23. La Eucaristía y la fraternidad	341
24. Las dos vidas, eucarística y gloriosa	355

SERMONES SOBRE ALGUNOS MISTERIOS
DE JESUCRISTO.

	Pág.
Primer Panegírico del Dulce Nombre de Jesús	375
Segundo Panegírico del Dulce Nombre de Jesús	389
Sermón para la fiesta del Dulce Nombre de Jesús	407
Sermón para la fiesta de la Epifanía	424
Primer Sermón del Mandato	439
Segundo Sermón del Mandato	455
Primer Sermón del Descendimiento de la Cruz	469
Segundo Sermón del Descendimiento de la Cruz	484
Sermón de las siete Palabras del Redentor en la Cruz	498
Sermón para el Domingo de Resurrección	541
Sermón para el día de Pentecostés	555
Panegírico de la Santísima Trinidad	572
Sermón para la fiesta del Corpus	589
Primer Panegírico del sagrado Corazón de Jesús	605
Segundo Panegírico del mismo	622
Tercer Panegírico del mismo	637
Primer Sermón del sagrado Corazón de Jesús	651
Segundo Sermón del mismo	666

SERMONES
DEL
SANTÍSIMO SACRAMENTO.